

LA CANCIÓN DE DON BASILIO

Puntos de meditación propios para la Pascua: misterio de muerte y resurrección, de tránsito a una vida nueva, fruto de conversión evangélica.

*La calunnia è un venticello,
un 'auretta assai gentile
che insensibile, sottile,
leggermente, dolcemente,
incomincia a susurrar.*

*La calunnia es un vientecillo
una brisa más bien amable
que insensiblemente, sutil,
levemente, dulcemente,
comienza a susurrar.*

(Primera estrofa del aria La calunnia, que el personaje Don Basilio, clérigo y profesor de música, entona en el Primer Acto de la ópera El Barbero de Sevilla, de Gioacchino Rossini).

La ópera *El Barbero de Sevilla* es una verdadera joyita. El argumento está tomado de la comedia del mismo nombre de Beaumarchais, parte a su vez de una trilogía (*El Barbero de Sevilla*, *Las Bodas de Fígaro* y *La Madre Culpable*), muy popular en el siglo XVIII, a pesar de su representación fue prohibida

por casi todas las monarquías europeas de la época. Beaumarchais, fiel al viejo *dictum* latino "*Castigad ridendo mores*" ("Reprende las costumbres riendo"), censura con humor los usos cortesanos, frecuentemente tocados por la falsedad y la hipocresía, y ensalza valores como la verdad y el amor genuino. Las prohibiciones oficiales no impe-

dían que los nobles se divirtieran con las obras de Beaumarchais, representándolas en privado. María Antonieta, la Reina de Francia, asumió en más de una ocasión el papel de Rosina en las representaciones privadas para la Corte de Versalles. La música de Rossini es perfectamente adecuada para el *libretto* y el resultado es esta obra deliciosa –inicio de una forma nueva de ópera cómica– que se mantiene en el repertorio de todos los teatros de ópera desde hace 182 años.

El aria de Don Basilio está precedida por un diálogo en el que el clérigo ofrece a su amigo, Don Bartolo, un método para desprestigiar al Conde de Almaviva, que ama a Rosina y es correspondido por ella. El viejo Don Bartolo, tutor de Rosina, también la pretende para disfrutar del capital y... de la belleza de la jovencita que, por supuesto, lo rechaza. *“Bisogna principiare a inventar qualche favola –dice Don Basilio a Don Bartolo– che compartir lo faccia un uomo infame, un anima perdutta... Io, io vi servirò: fra quattro giorni, credete a me, Basilio vi lo giura, noi lo farem sloggiar da queste mura”*. (“Es necesario empezar a inventar una fábula que le dé mala fama a los ojos del público; que lo identifique como un hombre infame, un alma perdida. Yo mismo te serviré: dentro de cuatro días, créeme, Basilio te lo jura, lo haremos desalojar de este lugar”).

En esta ópera la calumnia no funciona, la verdad del amor juvenil se impone y Rosina y el Conde de Almaviva pueden contraer matrimonio. En otras piezas de teatro-dramáticas, realistas, no óperas-cómicas- y muy frecuentemente en la vida real, la calumnia cumple los objetivos del calumniador: destruir al calumniado, desmoronarle la existencia, quebrarle las piernas para impedirle un camino positivo... A veces el calumniador es uno sólo, a veces se trata de una conspiración, de un *complot* (de *“common plot”*, intriga común), urdido entre varios. A veces la calumnia es “sencilla”: consiste en atribuir algo malo, con falsedad, a la persona que se desea perjudicar; pero a veces suele ser una realidad más sofisticada y compleja. Otelo, en el drama de William Shakespeare del mismo nombre (y en la ópera de Giuseppe Verdi inspirada en él) es Gobernador de Chipre, isla dependiente entonces de la Serenísima República de Venecia, y es feliz con Desdémona, su esposa: bella, casta, femenina... Otelo tiene, sin embargo, una debilidad: es celoso. Iago, aparentemente, amigo de Otelo, desea el puesto de Gobernador y conoce las limitaciones de Otelo y, para desestabilizarlo, calumnia a Desdémona, acusándola de adulterio. Aunque las pruebas son sumamente débiles –¡se apoyan en un pañuelo!–, Otelo, inseguro como era a pesar de todas sus heroicidades, cree a Iago. Asesina a Desdémona y cuando conoce su inocencia y el engaño de que ha sido objeto, se da muerte él mismo. Iago, sin embargo, no consigue su objetivo: ya antes de que se desatase la tragedia, la Serenísima había decidido el traslado de Otelo a Venecia y había designado en su lugar a Casio, precisamente el hombre a quien Iago había acusado de ser amante de Desdémona y que ignoraba todo lo que se tramaba.

Perversidad del que la elabora, siempre por motivos de bastardía: venganzas, envidias, ambiciones, fantasmas generados por patologías del alma y del espíritu, de diversa índole, entremezcladas... Y sutil perversidad de los que dan crédito fácil a la calumnia, de los que aceptan como “prueba” los irreales argumentos de hojalata que les brinda el calumniador. Lo que revela que o están enfermos de inseguridad o son solidarios del calumniador; que quieren creer las imputaciones feas y falsas que le hacen al calumniado, para justificar, quizás, su rechazo al mismo o su acción contra él (que depende, en realidad, de otras sinrazones, no de la calumnia), ante los ojos de su propia conciencia y ante los demás.

¡Mecanismo demoníaco el de la calumnia! Y el calumniado, ante la calumnia que le deshace la vida, casi siempre, está desarmado; a veces, ni sabe que lo están calumniando, experimenta un vacío y no sabe por qué y, si llega a saberlo, puede ser que ignore de dónde provienen los tiros. Cuando podría reaccionar, casi siempre es demasiado tarde para evitar las consecuencias de la falsedad demoleadora; ya le han quitado el piso de bajo sus pies. Amén de que él, si es bueno, como suele suceder, no acostumbra usar las armas carentes de eticidad que el calumniador y el acogedor y trasmisor de calumnias sí utiliza. Dispone solamente de su honor personal –que hoy no se valora demasiado–, de la verdad humilde y del frágil poder de la palabra, que no tienen el atractivo morboso que habitualmente tienen las calumnias y maledicencias. En ocasiones, los amigos leales, si están al tanto de las maquinaciones de los calumniadores, contribuyen a deshacer entuertos con su testimonio, pero no siempre conocen lo que está sucediendo. Los calumniadores son hábiles y procuran que estos amigos leales no sepan, para que no intervengan en el proceso, deteniendo la destrucción del calumniado. En ocasiones, empero, los amigos no son tan leales, lo son solamente hasta cierto punto. Llegan a conocer la calumnia, pero no intervienen; callan por miedo o por otra motivación innoble, quizás para no caer ellos mismos en las trampas de los calumniadores. ¡Es tan complejo el psiquismo humano!

En un país de cuyo nombre si quiero acordarme, una señora joven, madre de hijas todavía pequeñas, fue acusada de adulterio. Al esposo, que era feliz con ella, le ofreció “pruebas” uno de sus hermanos, el cual, a su vez había conocido el “adulterio” por un amigo. Como en ese país, en aquel entonces, había investigadores privados, el esposo supuestamente engañado contrató a uno que llegó a ofrecerle las pruebas. Se divorciaron y los tribunales retiraron la custodia de las niñas a la “probada” adúltera. Con el tiempo, ambos volvieron a casarse. El nunca fue feliz en el segundo matrimonio; ella, no mucho más; nunca se consoló de la separación de las niñas, que crecieron considerando a su madre una mujer de mala conducta. La señora, ya mayor, recuperó el trato y el afecto de sus hijas adultas. Yo estaba al corriente de esa situación, desde que tengo conciencia, por la familia del esposo aparen-

temente engañado. Era un tema tabú, pero todas estas cosas, aunque fuese *sotto voce*, llegan a saberse. Siendo ya sacerdote, conocí a la supuesta adúltera, muy anciana, viuda del segundo esposo y feligresa asidua de una de nuestras parroquias habaneras. Ella misma se me presentó, sabiendo quien yo era y suponiendo que conocía la historia. Por sus propios labios y por azares de la vida sacerdotal, supe que todo había sido una calumnia. Nunca fue infiel al primer esposo. El "amigo" que habló con el hermano la había pretendido y, al negarse ella a la infidelidad, él se vengó de esa manera y sobornó al investigador que fabricó las pruebas. Posteriormente, ella no fue creída. Palabra contra palabra, la suya no fue acogida. Murió perdonando, sin rencores, pero con las heridas abiertas, a más de sesenta años de aquellos acontecimientos trágicos. Su vida, la de su primer esposo y la de sus hijas estuvieron siempre marcadas por la infamia de aquella calumnia, a la que entonces se le dio crédito. Esta historia no es más que un ejemplo estremecedor, entre tantos otros, que he conocido de primera mano, muy de cerca.

En el ámbito de las relaciones sociopolíticas, el mundo laboral con las inevitables ambiciones por cargos y posiciones, las extrañas celotipias que crecen en el interior de las instituciones de todo tipo (sin excluir las iglesias) y la pasión enfermiza por las ortodoxias doctrinales, suelen brindar también un caldo de cultivo apropiado para las calumnias, las difamaciones y la maledicencia. Porque es cierto que, en ocasiones, no se trata de calumnias *stricto sensu*, sino de maledicencia, de hablar mal, poniendo de relieve los defectos y los pecados, quizás reales, de alguien cuyo prestigio se quiere demoler. Puede ocurrir que un súbdito u otra persona ambiciosa, momentáneamente ajena a la escala del jefe, sea quien desate el proceso de la calumnia o de la maledicencia; pero ocurre también que el superior o jefe sea quien calumnie o desprestigie un súbdito que, por alguna razón, le estorba en su paso o ante quien se siente inseguro (porque lo cree más estimado, más simpático o conocido, más culto o hábil en las tareas en las que ambos se ocupan y teme que le haga sombra, etc.).

Algunos de estos calumniadores son comulgantes piadosos y, según las apariencias, tienen su conciencia tan adormecida que ningún remordimiento los molesta, ni les quita el sueño o el apetito... En resumen, que al parecer, dada la frecuencia, nadie está vacunado ni contra la condición de víctima, ni de victimario, más o menos consciente. Por eso hay que mantener la atención contra este flagelo del que apenas hablamos. Al no hacerlo, no se tiene conciencia clara de su realidad entre nosotros y el "espíritu del mal" campea entonces libremente hasta que "...il meschino calunniato, avvilito, calpestato, sotto il pubblico flagello per gran sorte va a crepar" (final del aria de Don Basilio: "el desgraciado calumniado, envilecido, pisoteado, termina reventando bajo el flagelo público"). Y esto es lo que deberíamos tratar de evitar, a toda costa, como mínima exigencia de la caridad fraterna y del compromiso con la verdad. Seamos todos teresianos en aquello de "hablar bien o no hablar, porque en casa de Teresa esta ciencia se profesa". La norma de la Doctora de Avila vale para todos, no sólo para las religiosas carmelitas, si queremos promover un clima de serenidad y de confianza, en la Iglesia y en la sociedad en la que vivimos; clima necesario para crecer como hermanos, no como lobos recíprocos. La Cuaresma y la Pascua, recién celebradas, nos llaman anualmente a la conversión, al cambio en la dirección del crecimiento espiritual. Cada quien sabe o debería saber cuáles son sus talones de Aquiles en lo que concierne a fidelidad al camino del Evangelio, al seguimiento y a la imitación de Jesús. Y sin duda que todos hemos hecho ese esfuerzo de discernimiento y de mayor generosidad en las semanas que acaban de transcurrir. Hay realidades, sin embargo, en las que deberíamos poner atención —en Cuaresma y siempre— porque son formas concretas de la caridad y de la verdad, pilares de la existencia cristiana. Uno de ellos es este tópico que Don Basilio pone en práctica en *El Barbero de Sevilla*, o sea, la calumnia que, unida a la maledicencia, a la siembra de sospechas y a la credulidad facilona, es uno de los virus que enferma el alma de los cubanos. □

La Habana, 15 de marzo de 1998.